

AMORES INESPERADOS

CENIZAS

Tamara Bueno



AMORES INESPERADOS

CENIZAS

Tamara Bueno

Título original: Amores Inesperados: Cenizas.

© Tamara Bueno.

Ilustradora: V.L. Cánovas.

Para lo mejor que me ha sucedido en la vida, mi amigo, mi amado.
Fran. Sin tu apoyo este proyecto no habría sido posible. A pesar de
las dificultades y por encima de otras necesidades, tú me has
motivado a continuar hasta el final.

Gracias por ser así.

A todos los que habéis estado a mi lado mil gracias por seguir ahí,
sé que os he vuelto un poco locos y, aun así, no os rendisteis.

Vuestro apoyo me ha hecho perseverar y mejorar, querer hacerlo,
que es lo más importante. Ahora el resultado es solo para vosotros.

Esta novela está dedicada a dos mujeres muy especiales. Carmen y
Felicidad.

Prólogo

Un equinoccio, un cambio. Un antes y un después en mi forma de enfrentarme a la vida.

Eso supuso para mí el verano de 2012.

Se fueron los colores, los aromas, las risas... todo, pero ese hecho trajo algo consigo. Una luz nueva, diferente y capaz de obrar... un milagro.

Lo que es seguro es que todo puede dar un giro en cuestión de horas y dejar solo... gris. Sin vida. Perdida y desolación, y en el centro el rugir de las llamas abriéndose paso y en mi mente, solo una imagen: mamá con los ojos enrasados en lágrimas. Pero algo debe suceder para devolver todo a su cauce. Para traer la sonrisa una vez más a su rostro, para casar la historia... porque esto no puede quedar así.

No se puede haber perdido todo.

Un antes y un después. Un nuevo y excitante sendero a seguir capaz de hacerse un hueco... hasta mí.

Cenizas.

El aire estaba impregnado de ese residuo alquitranado que invade los sentidos. Mirase donde mirase solo las lágrimas cubrían el paraje que me rodeaba. Árboles caídos que hacían del paisaje algo desolador. Ni musgos ni helechos, nada. El paso de aquellas lenguas de fuego no había dejado nada.

Sentía mi cuerpo sin fuerzas. Aquel nudo en la garganta amenazaba con ahogarme.

Tras convencer a Leonard de que necesitaba comprobar los daños por mí misma, nuestros compañeros, hacha en mano, se propusieron echar abajo lo que había quedado de la puerta del que era mi hogar.

Mis padres habían insistido en acompañarme, pero no estaba segura de lo que se encontrarían allí y por nada del mundo quería que ellos sufrieran aún más. Mi madre había crecido en ese pueblo, en esas montañas, en la casa que frente a mí ahora se erguía solo por la fuerza de sus gastados cimientos. Aquello ya no parecía mi hogar, todo era gris. El humo era lo único que mis pulmones podían asimilar, la pureza del agua de las nieves había desaparecido, la lavanda o el romero, los robles... No sabía cuánto más podría aguantar.

La piel se me antojaba pálida y los surcos bajo los ojos no daban lugar a dudas. Siempre me había sentido orgullosa de llevar en la sangre la perfección que me habían inculcado, tanto mi madre como mi abuela. Ahora me miraba y a mí alrededor con desazón.

Orgullosa de mi aspecto, siempre bien peinada, con un toque puro y perfecto de color en el rostro, con el maravilloso olor de las rosas aderezando mi cuerpo y ahora no tenía ni tan siquiera eso.

El tiempo que había pasado ayudando a mi equipo me había despojado de aquello, tal y como me ocurría en las jornadas de trabajo de ese calibre, solo que en las circunstancias presentes no podía volver a mi hogar para mi pequeño ritual, ahora debía hacer acopio de las pocas fuerzas que tenía para personarme en el interior de aquella casa que desde hace más de cien años había pertenecido a mi familia y de la que ahora, a pesar de que siempre había sido un refugio para mi corazón, apenas quedarían intactos unos pocos recuerdos.

La fachada estaba calcinada y la puerta apenas había opuesto resistencia al acero de aquellas hojas de acero, aquellas hachas que de forma alternativa chocaron contra ella.

Nada más ceder una bola de humo ocupó todo el espacio y las primeras lágrimas fueron restañadas de mi rostro con ferocidad.

Podía ser dura como la que más, pero los sucesos acontecidos me herían en lo más hondo. Tenía ganas de gritar. Personas como las que allí habitaban no se merecían algo así, mis padres no se merecían algo así.

Quizás alguien menos ducho en este terreno habría supuesto que el interior podría haber quedado protegido en su mayor parte por la fachada, pero yo sabía lo que vería. En las casas de los pueblos de alta montaña el material predominante en cualquier obra era la madera.

Mirando a mí alrededor todo estaba vacío, sin color. Y dentro no sería diferente.

Apenas podía respirar. ¿Cómo se recupera uno de algo así? ¿Cómo lo harán mis padres o vecinos?

Tantos años pasando de padres a hijos. Todos habíamos dejado recuerdos, nuestra historia escrita en aquellas paredes.

El muro que sostenía la escalera, justo al lado de la pequeña puertecita que el bisabuelo años atrás había construido con sus propias manos, siempre se habían dibujado marcas de crecimiento de todos y cada uno de los niños que habían llenado la casa con sus risas y sueños para mis amantes padres, abuelos, todos... y ahora no quedaba nada.

Las lágrimas ardían en el fondo de mis ojos y se disponían a obligarme de nuevo a restañarlas de allí.

–Lo siento.

Aquellas sencillas palabras pronunciadas en un susurro de los labios de Leonard fueron un respiro que hizo descender por mi rostro la señal del dolor que me esforzaba en ahogar.

Salí a grandes zancadas y no mire atrás.

Necesitaba tiempo, espacio. Por suerte la cabaña de caza de papá, situada al otro lado de la ladera, estaba ilesa y ese lugar era justo lo que necesitaba.

Había comprado lo que pudiese necesitar en la ciudad, al otro lado del valle, y me había instalado en la cabaña sin muchos preámbulos.

Mis padres habían insistido en que me quedase con ellos en la pensión, pero era férrea en mis decisiones y no daba el brazo a torcer fácil cuando había tomado una determinación.

Allá arriba, en la sierra, la temperatura era significativamente más baja y daba igual la estación porque al menos un chándal y una bufanda eran imprescindibles. E intentas no helarte las manos mientras procuras hacer una tarea tan sencilla como poner la mesa para uno, sin guantes, puesto que de mala manera has comprobado que con ellos sería un desastre muy pringoso.

Habían pasado cinco días desde la extinción total del incendio. Cinco días en los que había paseado por el piso de madera, mirado por las ventanas y suspirado una y otra vez, deseando no hacer lo que sabía que debía hacer. Mis padres necesitaban volver a su hogar y para ello debía contratar a un equipo para reconstruir y limpiar todo. Estaba desesperada puesto que solo imaginar el dolor en los ojos de mi madre me hacía morir por dentro y solo pensaba en evitar esa situación en la que me encontrase al lado de ella mostrándole los pedazos rotos de toda una vida, restos incinerados de los sueños de muchos, todos borrados sin remedio. No podía permitir eso.

Carla, mi madre, había llamado en numerosas ocasiones a lo largo de los días pidiendo que por favor la llevase, decía que añoraba su casa. Había llorado una y otra vez implorando, pero gracias al apoyo de papá pude mantenerme entera.

Ahora debía hacer esa llamada.

Leonard me había hablado de un hombre que trabajaba la madera y con una reputación intachable que según pensaba era la persona ideal para ayudarme.

La idea era rescatar de mi memoria cada detalle e intentar restaurar cada rincón y necesitaba a alguien que de verdad se

prestase a que lo corrigiesen una y mil veces si hacía falta hasta conseguir recomponer todas las piezas que habían formado parte de nuestras vidas.

Sabía que era complicado, pero Leonard tenía buen ojo para la gente, de modo que no perdía nada por intentarlo.

Gregory Anderson. Así se llamaba.

Sin pensarlo más, tomé el móvil y marqué. Un tono, dos... cinco y el *bip*. «En este momento no puedo atenderle, le devolveré la llamada en cuanto me sea posible».

Solté el aire despacio y colgué.

Quizás no estuviese preparada, quizás era lo último que quería hacer, pero disponía de los conocimientos necesarios para estar en un edificio en las condiciones en las que se encontraba la casa y había llegado el momento de enfrentarse a todo.

Cogería el jeep. Éste era como un segundo hogar. Pasaba mucho tiempo en su interior por lo que personalizarlo fue un gran placer. Los pañuelos en el reposacabezas, los amuletos y talismanes colgados aquí y allá, barritas de incienso. Todos eran objetos que me hacían sentirse abrazada, y gracias a ellos, cuando atravesé el cortafuegos y la explanada incinerada se mostró ante mí, pude obtener, de ese aire viciado, algo de oxígeno para elevar desde el interior las fuerzas necesarias y seguir adelante los sesenta y siete kilómetros que me separaban de la casa.

Lo que quedaba de los árboles ahora era negro y austero. Daba igual hacía donde mirase, no había color. Las hojas habían desaparecido, y las flores, no había pájaros ni mariposas. Y los animales salvajes habían huido, los que pudieron. Fue rápido y ahora todo era destrucción y ceniza.

El cielo había perdido su color, intoxicado aún por los residuos de este desastre.

Después de unos cuarenta y cinco minutos infinitamente largos y lágrimas incontenidas, llegue a la casa.

Me apeé de mi *bebé* y me recogí la larga melena negra en una enorme y voluminosa trenza y me coloqué el mono de trabajo que traía sobre el vaquero y la camiseta sin mayor protocolo. Me calce las botas y con el casco en mano y un maletín de herramientas penetré en el interior del que hasta hacía muy poco fuera un lugar de colores y risas, de palabras de afecto.

Todo ahora perdido.

La casa tenía dos plantas con cinco habitaciones y dos cuartos de baño, además del salón, comedor y cocina. Para mamá aquella última parte era muy importante, allí era donde alimentaba a sus hijos, donde mi abuela había dado de comer a los suyos y donde hijos, nietos y primos habíamos aprendido a cocinar con todo el amor que nuestras madres ponían en cada plato. Las recetas de la bisabuela María estaban en un cajón de la mesa de esa sala. Ésta era de madera, por lo que lo guardado en su interior... Fue lo primero que quise comprobar. Aquellas palabras escritas con amor hacía años estaban tan gastadas la última vez que las vi que temía que no quedaría más que polvo. De todas maneras debía comprobarlo.

Al entrar en aquella sala sentí que el corazón dejaba de latirme. Las puertas de la despensa colgaban de forma precaria y la vajilla de la abuela estaba toda ella hecha añicos, a la vista no quedaba ni un vaso intacto, era desolador. Sentía los palpitos en la

garganta y las lágrimas en el corazón. ¿Cómo sustituir todo aquello? Mejor dicho, ¿cómo recuperarlo?

Me dirigí a la mesa con la intención de buscar el cajón donde se debían encontrar las recetas de María, la mesa estaba impregnada de algo pringoso que supuse que serían los restos del hule de mamá calcinados. Con los guantes de protección y el aliento contenido cogí el tirador... que se quedó en mi mano debido al pegamento que la resina y el barniz habían formado por las altas temperaturas. Frustrada hurgué en el interior de la caja de herramientas y busqué algo con lo que hacer palanca.

Destornillador en mano y con la mente concentrada, solo, en recuperar los fragmentos que quedasen de ese legado tanpreciado para mi madre, lo introduje en la ranura y ejercí una presión constante para evitar desgarros en la madera y poder abrirlo sin más inconvenientes.

Con un fuerte crujido se despegó y se abrió.

Vacío. Estaba vacío.

Eso solo podía significar una cosa. El día en que el pueblo fue evacuado mamá debía estar usando aquel cuaderno. Mire a mí alrededor con las lágrimas surcando mi rostro sin remedio. Un tesoro perdido.

Oí un crujido a mis espaldas y me giré llevándome las manos al pecho.

–Perdone. No pretendía asustarla. Pensé que no habría nadie.

Aquel hombre ocupaba el umbral de la puerta. Era alto, fornido y de cabellera espesa.

–No se preocupe. Soy la hija de la dueña, ¿quería usted alguna cosa?

–Soy Gregory Anderson, un amigo de Leonard. Me dijo que era importante que le echase un vistazo a la casa y le diese mi opinión.

Leonard.

Siempre hacía cosas así, como cuando teníamos nueve o diez años y se enteró de que había perdido mi muñeca favorita en el río. No paró hasta encontrarla, pero estaba tan estropeada que fue a casa de su abuela y le pidió que le enseñase cómo debía restaurarla y hasta que no quedó perfecta no me la devolvió.

Me sentía muy agradecida por tenerlo en mi vida.

–Sí, intenté ponerme en contacto con usted hace unas horas, pero me resulto imposible.

–Entonces es usted la señora Clarck.

–Señorita Noelle Clarck. Sí.

Él miraba de un lado a otro, sin fijar la mirada directamente en mí.

–Lamento si la he cogido en un mal momento. Aunque en su lugar creo que yo no estaría tan entero—añadió.

–¿Qué quiere decir?—dije demasiado alterada como para andarme con cortesías.

–Disculpe, no pretendía ofenderla.—Buscó en unos de los bolsillos y me tendió su pañuelo—. Aquí tiene.

Toqué mi rostro para hallar allí los restos del dolor, lo que aquel hombre había intentado dejar en privado evitando mi mirada de la manera más discreta posible. Acepté el obsequio de buena gana y agradecí su comprensión.

–La esperaré fuera...

–No es necesario, gracias. ¿Por dónde querría empezar señor Anderson?

–Gregory–me corrigió–. En realidad me gustaría que me hablase de la casa, de su gente, que me muestre la esencia de los objetos a restaurar y rehacer. Todo cuanto me cuente me será de utilidad, se lo aseguro. Los sentimientos que le inspiran esos objetos, las historias de cómo se obtuvieron, todo lo que se le ocurra.

Aquel hombre hablaba con pasión e imprimía seguridad en cada palabra. No estaba segura de por dónde empezar ni que esperar. Lo que sí deduje es que en aquella seguridad no había arrogancia.

Contarle a un desconocido la vida que impregnaba cada recuerdo se me antojaba duro. Quizás podría parecerle ridículo, alguno de ellos tenían tras de sí una anécdota divertida o un momento difícil o era algo que siempre había estado en mis recuerdos.

No sabía por cuál empezar. Quizás sería más factible comenzar por una habitación y continuar a raíz de allí... *El libro de oraciones.*

Vino a mi mente como un rayo que martillea contra la tierra al caer del cielo. Salí de la cocina hacia las escaleras sin mediar palabra y arrollando en el proceso al señor Anderson que se quedó impactado por mi repentina reacción, aunque lo sentí salir tras de mí.

Los incendios se cobraban vidas, pero también destruían espíritus. Y en este caso eso era lo que estaba sucediendo. En la

misma entrada ya había visto el mural de fotos, o lo que quedaba de ellas, todas de diferentes épocas y personas. *La familia*.

Y ahí estaba él de nuevo, observándome desde el umbral de la habitación donde me encontraba ahora. Arrodillada en el suelo y con aquel trozo de historia entre los brazos, apretándolo contra el pecho como si fuese un salvavidas.

–Era de mi bisabuelo. Está intacto.

Hablaba más para mí misma que para él.

–Si quieres puedo ayudarte a empaquetar todo lo que encontremos a salvo y lo llevamos a mi almacén, allí estarán seguros mientras se realizan las obras, mañana puedo llevarme lo que se pueda restaurar y una vez hagas inventario del resto podemos ver qué falta y si lo deseas rehacer de cero.

–Me parece bien, pero lo que esté en buen estado o solo haya que limpiarlo, prefiero llevarlo conmigo.

–Por supuesto.

Aquella noche, con la cabaña llena de recuerdos me sentía arropada.

No había esperado gran cosa de un desconocido pero he de reconocer que el señor Anderson, Gregory, era meticuloso hasta el más mínimo detalle. La verdad es que no esperaba verlo sacar de entre los escombros al pequeño Niño Jesús de mi abuela con tanta delicadeza.

Mientras buscábamos, le observé salir corriendo y al regresar traía unos trozos de tela limpios y un par de brochas. Vi como restañaba el polvo con las mismas y envolvía la pequeña figurita regordeta con sumo cuidado con aquel fino tejido para luego

acomodarlo en el interior de una caja entre las prendas de ropa que habíamos rescatado.

Me sorprendió ver a un hombre demostrar tal delicadeza por un objeto de esa valía sin conocer cuánto significaba dicho objeto para mí o para mi madre. Y así fue con todo, aquel hombre, Gregory, era un misterio para mí.

Fue como si en una de las expediciones al campo, encontrase una planta que no había visto nunca en un lugar que conocía como la palma de la mano. Ese ser raro y valioso, por su rareza, me inquietaba. No sabría qué pensar de ella, de esa peculiar forma de vida en medio de mi camino, un sendero que había recorrido tantas veces que el hecho de encontrar ese «obstáculo» me paralizará e intrigará, y eso era Gregory en ese momento. Algo que no sabía si debería investigar por miedo a... *¿Qué? ¿Qué me picase?*

Siempre me había sentido aventurera y muy diestra en el tema de los hombres, creía haberlo visto todo y éste espécimen masculino me afectaba más de lo que estaría dispuesta a confesar ante nadie, ni siquiera ante mí misma.

Taza de té en mano, me paseaba por el piso de madera y observaba y añoraba, no sin disfrutar de los olores que me trasladaban a mi hogar y a cada una de las experiencias que en él y en mí se ocultaban. Era increíble que a pesar del olor a humo que lo impregnaba todo, el suyo propio estaba ahí, intacto entre esas cajas a rebosar de trocitos de mi vida.

Al llegar a la ventana y observar el exterior, no pude evitar conjurar la imagen de aquel hombre perfecto. Aquel que pretendía recomponer los pedazos de unas vidas que habían sido puestas en

pausa de la mano del hombre, según habían dicho las autoridades, de uno que no merecía dicho calificativo si, de forma intencionada, había obrado para provocar semejante destrucción.

A pesar de contemplar la belleza que la luz de la luna iluminaba ante mí, sabía que al otro lado de aquellos robles magníficos que se veían al fondo, solo había destrucción.

Mirando el fondo de la taza vacía comprendí que había agotado las excusas para mantenerme despierta. Era bien entrada la noche y tenía que dejar el cuerpo reposar.

Quizás el haber visto de nuevo cómo había quedado todo después de las llamas, era lo que me tenía tan alterada o tal vez el agotamiento le procuraba tal tensión a mi cuerpo que no me permitía conciliar el sueño.

Caminaba hacía el dormitorio sintiendo la aspereza de las maderas al contacto con los pies cubiertos solo por el tejido de mis calcetines, me dejé llevar al cerrar las pestañas, inspiré el aroma limpio y frío que me rodeaba e introduje así los olores de la madera, los eucaliptos, robles... y el ulular del búho en compañía del viento, un saludo de la tierra. Todo en armonía.

Al pie de la cama, dejándome llevar por aquella grandeza que me rodeaba, me hallaba a mí misma humilde, arropada. Deslicé las manos por las sábanas frescas, inspiré el aroma de la lavanda que impregnaba aquella habitación y me sentí flotar hasta sus brazos y, allí, tendida entre sus capas y colchas, me quedé... esperé a que el sueño viniese a mí.

–Gregory, ¿qué se supone que estás haciendo?

Seguí sacando fotografías de cada artículo de mil posturas diferentes y catalogándolos, cada cual con un código propio.

–¿Es un nuevo cliente? ¿Qué?

Estaba seguro de que Murray no me dejaría tranquilo hasta que obtuviese la máxima información. Era un buen amigo, pero insistente.

Continué con las últimas fotos de aquella preciosa talla. Era una mesita esquinera labrada y con un pequeño cajoncito. Podía verse el amor y la delicadeza con la que se había elaborado cada línea, cada pincelada. Había quedado bastante dañada pero estaba seguro de poder devolverla a su estado original.

No era capaz de dejar de pensar en la expresión de Noelle. Se la veía vulnerable y abatida, allí, en medio del caos en que su casa se había convertido. Había visto ese mismo dolor en muchísimas ocasiones, más de las que podía recordar, pero nunca dejaba que me afectase, y en esta ocasión no podía ser diferente. No podía permitirme una distracción como esa, debía centrarme en el proyecto, en el trabajo para el que me habían contratado y nada más.

–Se llama Noelle Clarck y es amiga de Leonard. Es una de las personas pertenecientes al pueblo de la sierra norte donde se produjo el incendio–informé a Murray–. Son gente sencilla las que residen allí y solo tienen sus casas con sus historias y objetos, viven de la tierra y el ganado en su mayoría. Esos hogares han

pertenecido a cada familia durante generaciones—enojado continué—. Esas familias no se merecen una cosa así. El que provocase ese maldito incendio... debería acabar en uno.

Había rescatado del fuego en numerosas ocasiones vidas enteras restaurando sus pertenencias más preciadas, pero era muy duro cuando aquel dolor había sido provocado por el puro placer de hacer daño, un daño gratuito que había truncado la vida de numerosas personas.

Y Noelle era una de ellas.

—Pero, ¿la consideramos clienta o amiga?

—Aún no lo sé. Es amiga de Leonard, pero a su vez es una clienta. Te lo confirmaré cuando lo decida.

—Gregory, allí arriba hay muchos posibles clientes, en las mismas circunstancias que esa señora. Necesitamos la pasta, así que tienes que decidir si le vas a cobrar o dejaremos su caso en segundo plano para poder coger clientes de los de verdad.

Alcé los ojos ahora convertidos en hielo.

—Me da igual si cobro o no por este trabajo, pero no va a ser relegado a un segundo plano por nada.

Murray alzó las manos en señal de rendición y se marchó hacia el despacho. Sabía que estaba afectado por aquel suceso. Tenía motivos, eso no podía discutírselo, además era cierto que necesitábamos el dinero y no podíamos permitirnos ayudar a todo aquel poblado sin cobrar nada, era imposible, no teníamos fondos suficientes para llevar a cabo ese proyecto y menos cuando me empeñaba en reconstruir cada objeto. Físicamente era imposible.

—¿Hola?—de inmediato reconocí la melodiosa voz de Noelle procedente de la oficina.

–Perdone, buscaba al señor Anderson.

–Sí, claro. ¡Eh, Greg! –gritó Murray–. Enseguida viene.

–Gracias. Por cierto soy Noelle.

–Peterson, Murray.

Aquella mujer era realmente preciosa. *Podría quedarme admirándola durante horas...* me dije desde el umbral de la entrada.

–Hola, señorita Clarck. Pase y le enseñaré lo que estoy haciendo y los planteamientos para comenzar el trabajo.

–Muy bien.

El almacén era mayor de lo que había imaginado y estaba lleno. No solo estaban las cosas de casa, había muchas más. Pero no se veían amontonadas como uno imagina cuando le hablan de un taller, todo estaba colocado con suma delicadeza, catalogado con un código y un nombre. Al fondo pude ver un enorme estante lleno de archivadores en perfecta organización. Y, lo más curioso, todo estaba limpio. Había objetos más o menos estropeados, sin embargo su disposición seguía siendo intachable.

Todo aquello despertaba mi curiosidad respecto a su propietario.

–Verá–comenzó a explicar Gregory–, lo que he estado haciendo es catalogar y fotografiar todo lo que trajimos, de esa forma podremos repasar cada detalle sin estropear la talla y usted podrá decirme qué necesita cada objeto sin necesidad de moverse de casa. Lo incluiré todo en una memoria USB y podrá llevárselo, y así, o bien por teléfono o si lo prefiere en persona, podría

examinarlo todo. Podríamos quedar en unos días y hablamos de ello con calma.

Estaba muy impresionada.

–Veo que Leonard no se equivocaba contigo.

–Me tomo muy en serio mi trabajo, señorita.

–Noelle–le corregí con dulzura.

A lo que él me respondió con una sonrisa que se me antojo cálida.

–Me parece justo, pero solo si dejas de referirte a mí como «señor Anderson», que no estamos en *Matrix*.

Solté una carcajada.

Fascinante. ¿Desde cuándo no reía?

–Bien.

Tenía demasiadas diligencias de las que ocuparme y si él me facilitaba las cosas no me quejaría.

–¿Has solucionado lo de los constructores? Porque conozco un buen equipo con el que he trabajado en varias ocasiones, son buena gente y trabajan bien. Y el dinero no sería un problema, son amigos y podrían hacerte buen precio.

–Sería estupendo. Te lo agradezco, me estaba volviendo loca. He vivido esto como espectadora en numerosas ocasiones, pero nunca había tenido que lidiar con lo que ocurre después de apagar las llamas.

–No entiendo, ¿por qué...?

–Es mi trabajo, soy bombero.

–Vaya, no sé cómo responder a eso, Leonard no me dijo que te conociese del trabajo.

–Nos conocemos desde pequeño, pero ¿por qué lo dices?

–Porque sé a todo lo que debes enfrentarte, a veces cosas dignas de mención y en otros casos son momentos o situaciones que prefieres borrar de tu mente lo antes posible...

–¿Cómo sabes todo eso...?

–Porque al igual que tú, también trabajo para poner remedio a este tipo de desgracias, además de las restauraciones típicas del taller. Sin embargo yo lo hago cuando ya vosotros habéis hecho vuestro trabajo. Busco tras las cenizas y rescato los sueños allí enterrados, rotos. Por supuesto nunca podría comparar el rescatar un libro, una lámpara o mesa con lo que hacéis vosotros, pero para cuando la pausa ha llegado y las vidas humanas están intentando volver a su cauce, yo les ayudo recuperando trocitos de sueños.

Por Dios... Era... era... No sabía cómo describir... ese corazón. En la vida había conocido a alguien que hablase como él. Se notaba el amor hacia su trabajo por la pasión que infringía a sus palabras...

Durante la conversación, sus manos curtidas por el trabajo de años, repasaban con gran mimo cada silueta, curva y ángulo de la mesita del comedor de mamá en la que se disponían las fotos de los abuelos... Hablaba conmigo pero su concentración se dividía a partes iguales entre las molduras que esos cautivadores ojos azules, ahora brillantes y calculadores, observaban con atención y... yo.

Su mirada paseaba por cada línea absorbiendo toda información disponible y, de forma distraída, haciéndome preguntas para obtener más. Según decía, necesitaba el corazón de cada pieza y eso se lo habíamos dado nosotros. Habíamos convertido aquel precioso objeto en algo más. Esa pequeña pieza de madera

tallada había sido cortada, pulida y tratada con todo el cariño por mi bisabuelo, era como si él estuviese ahí. Sus manos habían acariciado cada milímetro y habían puesto todo su esfuerzo en cada detalle... Mi bisabuela y mi abuela sabían eso, y mi madre también... y más tarde yo también lo aprendí. Por todo eso sabíamos que ellos, bisabuelos y abuelos, sus retratos, debían ocupar un lugar de honor en la casa que había sido su hogar.

Eso, entre otras cosas, era, según decía Gregory, el corazón de cada objeto.

No comprendía cómo un hombre, que no fuese mi abuelo porque él sí que era digno de ese título, o mi padre, podría llegar a ser... así. Mi mente no era capaz de procesar esa información sin plantear un trillón de preguntas.

Tenía claro que mi curiosidad sería satisfecha, pero no ahora, más adelante. Un hombre tan interesante merecía que emplease mi tiempo en él y estaba deseando hacerlo... Pero ahora debía ir a hablar con Leonard y ampliar mi excedencia. Iba a necesitar tiempo y no me quedaría en un segundo plano como había pensado en un principio, Gregory tenía preguntas sobre los artículos de la casa y yo... sobre él.

Al anochecer, de vuelta en la cabaña repasaba en mi mente los acontecimientos del día. Había sido agotador tener que lidiar con tanto.

Leonard no me había puesto ningún inconveniente en darme más días.

«Coge el tiempo que necesites, siempre puedes hacerlo y lo sabes. Si no te lo he ofrecido antes es porque normalmente no

aceptas este tipo de trato».

Y era verdad. Además, él me quería como a una hermana, nos conocíamos desde siempre y en tantas ocasiones había negado ese trato preferencial que era lógico que hubiese dejado de insistir en el tema.

Pero esto era diferente, no recurrí a él por mí, porque estuviese enferma, ni siquiera por mi curiosidad hacía ese restaurador tan interesante, esa podía saciarla en cualquier otro momento de mi tiempo libre. Esto había sido por mis padres, ellos necesitaban volver a su hogar lo más pronto posible y debía asegurarme de que todo estuviese listo rápido y del mejor modo.

Al estar por la tarde con mamá pude ver lo que estaba sufriendo, la angustia. El brillo en sus ojos no mentía, ni los cercos oscuros bajo los mismos, y daba igual cuánto quisiese disimular bajo todas sus sonrisas y sus buenas caras, y toda la repostería casera que una pastelería pudiese tener dispuesta por los mostradores de la cocina de casa de tía Beth. Sabía de sobra que lo necesitaba, estar en su casa y rodeada de sus recuerdos, pero eso aún tardaría en llegar y no podían quedarse en un hotel durante un mes o más.

Era preciso buscar un lugar para ellos, un refugio hasta que todo estuviese listo. Eso estaría bien. Y sabía, exactamente, a quien debía llamar, pero tendría que esperar a mañana. Ahora era el momento de repasar el archivo que me había preparado Gregory.

Con la memoria USB lista y el portátil cargado, me dirigí a la cocina a retirar del fuego el agua de la tetera. Mientras la servía, el aroma a la canela y naranja embriagaba mis sentidos disipando el estrés del día y, tan solo por un instante, imaginé la silueta de

Gregory tal y como la vi ayer en el umbral de la cocina de mamá. Tan... inseguro, y confiado a la vez, tan alto y fuerte. *Varonil*. Esa era la palabra, era como se supone que debe ser un hombre. Pelo oscuro y alma clara. Me intrigaba, mucho...

Con la taza de té lista, me dirigí a la sala donde la pequeña chimenea arrojaba con su acogedor calor mi lugar preferido, aquellos dos enormes sillones y la pequeña biblioteca de papá. Cuando era pequeña me traía aquí para ayudarme en sus labores de vigilancia. Adorábamos la naturaleza, pero como descendientes de guardabosques que éramos, no podría ser de otra manera.

Aquel rincón de la casa siempre me había amparado cuando lo necesité, cómo cuando la abuela nos dejó... recuerdo aquel día mejor de lo que me gustaría, aunque pienso que, en realidad, no querría que fuese de otra manera. Todo lo que hablamos mamá y yo aquella noche sigue en mi memoria... no creo que pueda olvidarlo y tampoco querría.

En estos momentos este lugar me serviría de escudo una vez más. Allí sentada con la manta que usábamos en las acampadas y el calor de la chimenea otorgando rubor a mis mejillas, era el espacio que necesitaría para soportar el despliegue de recuerdos mancillados que aparecerían ante mí cuando conectase la memoria al ordenador. Era muy duro pensar en lo que había sucedido, todo perdido en cuestión de horas.

La pantalla se encendió con el familiar sonido de mi amigo *Axhelion*. Sabía que era una bobada ponerle nombre a un portátil, pero pasamos tantas horas a lo largo del día juntos que lo sentía como parte de mí, es como cuando escribes en un diario y te diriges a él como «Querido diario...».

Tomé entre las manos la taza como un amuleto, inhalé el aroma que tanto me reconfortaba y llevé el ratón hasta la ventana que me haría abrir el documento que, de manera tan exhaustiva, había preparado Gregory para mí.

Nada más clicar el archivo apareció un grupo bastante numeroso de carpetas catalogadas y numeradas, y entre ellas llamó mi atención un documento Word que decía sencillamente «Noelle». Así que realicé el doble click sobre el icono;

Noelle, espero que te dirijas a este archivo antes de abrir cualquier otro. Verás, no soy muy diestro con las palabras pero sé de primera mano lo difícil que le resulta a mis clientes realizar la tarea que ahora debes hacer tú. También sé que deseas llevarla a cabo, en este caso, por tus padres y eso es admirable. Quizás no debería comentarte esto pero, Leonard me explicó que para ti era importante que ellos no viesen la casa ni el estado de sus pertenencias y por ello te respeto. Sé que no va a ser fácil pero te aseguro que si me ayudas dándome los datos que te he solicitado conseguiré que la casa y sus objetos queden como si esto no hubiese ocurrido.

Gregory.

Sencillo. Directo.

Bien. Puedo hacerlo.

Me dirigí a la primera carpeta, la 173CN-01; en su interior las primeras imágenes me desvelaron el estado en que había quedado el cabecero de roble de la abuela María. Estaba bastante

deteriorado, los grabados aún se distinguían pero estaban agrietados, se notaba la elevada temperatura que había adquirido aquella habitación debido a los estallidos que presentaba la madera. Había fotografías varias de esta pieza tomadas desde diferentes ángulos y luces. Pasé a la siguiente carpeta y la carita ahora ennegrecida del Niño Jesús de la abuela apareció en el recuadro de la ventana. Su rostro estaba algo descascarillado y el bracito derecho se había desprendido junto con un dedito y su aureola... Las lágrimas corrían por mis mejillas sin que pudiese o quisiese contenerlas. Era, en verdad, doloroso ver algo tan valioso y delicado destruido. Daba gracias al cielo por haber conseguido privar a mamá de esa visión.

Las horas transcurrieron lentamente esa noche. Horas y horas ante la pantalla viendo cada objeto, cada recuerdo ahora desamparados y fuera de su hogar.

Abrumada y agotada dejé que las sábanas y cobertores me rodeasen y abrazasen, arropándome con su fragancia hasta transportarme al mundo de los sueños.

Me había sentido como un tonto al escribir aquella nota en el archivo que le había pasado a Noelle días atrás. Pero ya no tenía remedio. Ella no mencionó nada en ninguno de los correos que me había enviado hasta el momento con los datos que le había pedido. Había sido minuciosa en cada descripción, pero nada más.

Había un objeto en especial, entre todos, que había captado mi atención, una cajita de música.

Esa pieza realmente me había interesado, no solo por el estado en que se encontraba, sino porque en verdad era algo único. Pocas veces puedes ver algo hecho con tanto detalle y exquisitez. Una pieza tallada en madera y relieves elaborados en la más fina de las porcelanas, y a pesar del estado en que la encontré sabía que esa pieza debía ser bellísima. Algo así no es fácil de crear. Cuando haces algo como esto suele venir del corazón y sabía que había sido creada a mano, eso para mí era evidente. Con los años muchas piezas de madera, cerámica y otros materiales habían pasado por mis manos y en todas ellas ponía mi corazón...

—¿Greg?

Levante el rostro encarando al recién llegado. *Leonard*.

—¿Qué haces tú aquí? — inquirí.

—Quería ver cómo estaba la casa. No he podido hablar con Noelle estos últimos días y estaba preocupado. ¿Está en la casa?

—No. Arriba solo se encuentra los trabajadores de la constructora.

—Ya veo.

Examinaba cada rincón desplazando su mirada de mí a las herramientas y a los marcos que estaba puliendo, y su rostro de expresión transparente me decía que su preocupación por Noelle era algo más que la de un simple compañero de trabajo, lo cual me llevaba a preguntarme qué habría entre ellos, y esa a otra ¿por qué me importaba?

—No la he visto desde que vino al taller a principios de semana. Hemos hablado por e-mail del trabajo, pero nada más.

—Claro—exhaló—. Bueno, me voy, debo volver a la estación.

Ni siquiera esperó mi respuesta, no me miró. Tan solo se volvió y salió por la puerta.

Me molestaba su actitud hacía Noelle. *Absurdo.*

El lugar era perfecto.

Sabía que podía contar con Melani. Ella siempre conoce a alguien que conoce a otro alguien que tiene lo que sea que necesitas en el momento justo.

Ella es increíble y la casa era justo lo que estaba buscando. Un pequeño apartamento en el centro de la ciudad cerca de casa de tía Beth. Era acogedor y estaba al lado del mercado, con eso mamá estaría distraída. Podría comprar todo lo que quisiese para mantenerse ocupada en la cocina, y con tía Beth a dos pasos no tendría por qué preocuparme tanto. Ella se encargaría de mantenerla entretenida con labores y los niños. Mis primitos son un amor, y a mamá le encanta encargarse de ellos.

Además en ese lugar tendrían intimidad y un espacio propio hasta que todo estuviese listo.

–Gracias, Steven. Es justo lo que andaba buscando.

–No me las des a mí. Melani fue muy persuasiva, creo que ya la conoces, y entre ella y mi mujer no me han permitido realizar ninguna otra tarea hasta que solucionase su «encargo». Te puedo asegurar que en Melani tienes una amiga para toda la vida.

–Lo sé. Es una persona increíble.

Ese hombre, Steven, era el cuñado de Melani. En numerosas ocasiones, mi compañera me había hablado de él y

siempre comentaba lo gruñón que era, y sin embargo cada historia acababa con un «¿no crees que este hombre es increíble?». Como cuando me contó que empezó a despotricar porque Sherly, su hermana y la mujer de Steven, le había estado mareando con el hecho de llevar a su madre a una residencia o a casa con ellos. Lo había vuelto loco con ese tema y tuvieron una discusión muy fuerte al respecto debido a que ella pensaba en él, puesto que sabía el sacrificio que supondría para su marido el tener a la suegra en casa, no porque fuese ella, sino por el hecho de meter en casa a una persona «ajena». Sin embargo él no pensaba en sí mismo, no podía. Así que se fue a casa de su suegra y la ayudo a recoger todo, la llevo consigo a casa, la ayudo a instalarse y le preparo la habitación. Para cuando Sherly llegó a casa del trabajo, su madre ya estaba instalada.

Cierto que era un hombre increíble. No hay discusión al respecto.

La casa que había encontrado era perfecta. Sabía que mis padres apreciarían la intimidad de aquel lugar.

–Es perfecto, si os parece dormiré en el sofá y tú duermes con mamá.

–Papá, sabes que eso no va a ocurrir. Yo debo seguir en la cabaña. Es la única forma de estar cerca de casa para poder controlar las obras.

–Pues lo haré yo—espetó mi padre.

Sabía perfectamente que no le agradaba verme allá arriba sola. Pero no podía permitir que viesen el estado de la casa, ni de nada.

–Papá, necesito que me dejéis hacer esto.

La expresión de sus ojos me hizo llorar por dentro, pero era lo mejor y los dos lo sabíamos. Si papá iba a ver la casa, sí él se encarga de todo o iba allí para algo, mamá insistiría en ir con él y no habría forma de impedirselo. En cabezonería no había quien la ganase, a parte de mí, por supuesto. Era algo que había heredado de ella y la verdad, aunque a veces a mí misma me costaba lidiar con ésta parte de mi carácter, no me importaba. Era un pedacito de las Hollins que me gustaba conservar.

Solucionado este tema y tras haber conseguido tiempo extra en el trabajo, solo me quedaba una cosa de la que ocuparme. Había llegado el momento.

Una hora más tarde y tras dos semanas de ausencia, me encontraba ante la puerta de roble pintada de azul cielo. Al parecer la reconstrucción avanzaba a buen ritmo. Excepto por la falta de las ventanas y contraventanas, el exterior parecía el de siempre. La

puerta había sido pulida y pintada, al igual que los marcos de las ventanas. La pared volvía a tener su color.

Me sentí abrumada. Aquella visión era aire fresco para mis pulmones, y un poquito de paz en mi corazón.

En el exterior solo quedaba un vehículo. Un viejo Hummer de los noventa muy bien conservado, desde mi punto de vista. Así que supuse que los trabajadores ya se habrían marchado. Quizás fuese el coche del contratista.

Pensé que al menos él podría informarme de cómo iba todo. Necesitaba fechas. Papá y mamá comenzarían a hacer preguntas en pocos días, sobretodo mamá, no es una persona paciente, y querría poder decirles algo. Sería más fácil de sobrellevar para ellos si podía darles algún aliciente, algo a lo que aferrarse.

La puerta estaba entornada y al posar la mano para entrar sentí su particular resistencia y oí el sempiterno crujir de la madera dándome la bienvenida. Sin embargo, el interior aún distaba de ser el que era. Al parecer la instalación eléctrica se había visto muy afectada. Toda ella estaba a la vista y había lámparas portátiles en cada una de las habitaciones de la planta. Había muy pocos muebles y las paredes estaban desnudas. Sentí un pinchazo en el corazón y daba gracias de que mamá no viese aquello.

Allí dentro el único sonido procedía de la planta superior y lo reconocía perfectamente. Aquel sonido había acompañado mi infancia, había crecido con él. Todos lo habíamos hecho.

Sabía de donde procedía y, a pesar de lo vacía que la sentía, conocía la casa como la palma de mi mano y podía recorrerla con los ojos cerrados.

Desde el umbral de mi habitación observé durante unos minutos a Gregory trabajar. Estaba de espaldas a mí, lija en mano, como el abuelo, como papá... y delante de él se erguía sobre dos caballetes una de las puertas de la habitación. Incluso podía oír la música de los auriculares que tenía puestos, de ahí que aún no hubiese reparado en mi presencia. Se le veía tan concentrado...

Sus movimientos eran fluidos y seguros. Sus manos, encallecidas del trabajo de años, eran hermosas. Esas manos podrían moldear cualquier cosa a su antojo. Verlas deslizarse sobre aquella superficie, reconociendo cada señal, cada curva... La delicadeza de sus movimientos hacía que sintiese en mi propia piel la marca que aquellos dedos dejaban a su paso, dejando huella en su trabajo...

Captó mi atención lo bien que aquel hombre encajaba entre esas paredes, mis paredes. Mi habitación.

–¿Te pillo muy liado? –dije alzando la voz.

Gregory se giró bruscamente y luego sonrió apartando los auriculares.

–Perdona, no te oí llegar.

–Ya lo veo. ¿Por qué estás aquí tan tarde? Supongo que te estarán esperando en casa...

De inmediato me arrepentí de aquel último comentario. Y sin embargo, él me sonrió.

–Vivo solo. ¿Y tú?

–¿Disculpa?

Un brillo, que solo se podía describir como travieso, apareció en sus ojos y fue acompañado de una sonrisa aún más provocadora, si es que era posible.

–Me refería a que estás aquí, y a estas horas.

–Oh. Sí bueno, he tenido un día muy atareado y no he podido venir antes. Quería ver lo que había avanzado...

No apartaba la mirada de mí y comenzaba a sentirme nerviosa y al mismo tiempo quería seguir por ese camino y ver hasta dónde podíamos llegar.

–Claro. Sé que ahora mismo impresiona verlo tan... vacío, pero créeme cuando digo que vamos bien.

No me costaría tanto creer en su palabra si no fuese tan duro ver todo tan... sí, vacío.

Aquellas paredes habían atesorado tantos recuerdos que era difícil tener esperanza y pensar que todo podría volver a estar como antes.

Las lágrimas brillaron en sus ojos y quebraron mi corazón.

Siempre me había afectado el dolor que sentían las familias a las que ayudaba, pero el de Noelle era peor.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba avanzando hacía ella hasta que la tuve en mis brazos y la sentí pegada a mí. Aferrada a mí. La oí sollozar y ese sonido y su aroma se clavaron en mi corazón.

–Tranquila. Sé que es difícil, pero todo quedará como antes. Te lo prometo.

Supe en ese mismo instante que cumpliría esa promesa.

La aparte un poco y alce su rostro con la esperanza de que viese en mí la verdad de mis palabras. Pero fue un error, esa mirada

se clavó en mi alma y me sentí perdido. Apenas podía articular palabra...

–Te prometo que lo lograré.

Esos ojos grises me observaron tras unas espesas y larguísimas pestañas y me sentí abrumado.

–Gracias.

Tras hacerme esa pequeña concesión miró hacia abajo, a sus manos que se aferraban con fuerza a mi camisa y me obsequio con algo tan hermoso como era el color en sus mejillas. Se había sonrojado como una adolescente y estaba preciosa.

–Discúlpame—dijo—, no pretendía...

–No tienes que disculparte, Noelle... —hasta su nombre en mis labios tenía un sabor muy particular—. Con todo lo que estás pasando a veces se necesita un hombro en el que llorar o simplemente apoyarse. Es más que comprensible.

–Aun así te lo agradezco. Además te he interrumpido, estabas trabajando y yo...

–No te preocupes, creo que por hoy ya he trabajado suficiente. ¿Qué te parece si te invito a una copa? Creo que la necesitas.

La pequeña sonrisa y el brillo en sus ojos me hicieron sentirme avergonzado. No nos conocíamos de nada y en un momento de vulnerabilidad había aprovechado mi ventaja para invitarla de la peor forma a salir. Ciertamente solo era una copa y también que en un primer momento lo había hecho pensando en ella y sin embargo una parte de mí sabía que había aprovechado esa oportunidad porque en realidad deseaba pasar tiempo con ella, conocerla.

–Perdona, yo solo...

–Me apetece mucho. Gracias.

–Bien. Permíteme que recoja aquí y que desconecte el generador. Nos iremos en seguida.

Dejamos el coche de Noelle en la casa y con el mío nos dirigimos al pueblo de al lado.

Por esa zona todos eran muy pequeños, como aldeas, por lo que además de estar muy juntos unos de otros, a veces rotaban los horarios de apertura de sus bares, iglesias y demás. Así que si queríamos tomar una copa era el lugar más próximo.

Noelle había estado muy callada en el trayecto y no estaba seguro de si era por mí o porque le había resultado difícil ver su hogar en semejante estado, o puede que fuese por ambas cosas.

Ver la casa en ese estado había sido más difícil de llevar de lo que esperaba.

No había planeado lo que pasó. Me había abrumado tanto que ni siquiera me di cuenta de que estaba en brazos de Gregory hasta que habló y ahora me avergonzaba el haber aceptado su invitación. Cosa absurda teniendo en cuenta que yo misma me propuse coquetear con él.

Ese hombre captó mi atención desde el primer momento y ahora...

–¿Te encuentras bien?

Lo miré y supe que al menos en él tenía un amigo, o un punto de apoyo. Y eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

Tenía muchos amigos, sí, pero algunas veces necesitas encontrar a alguien nuevo y un punto de vista distinto para ver las cosas con una mente diferente, y eso no significa que desprecie la ayuda de gente como Leonard o Melani. Hace tiempo que están en mi vida y sin embargo a veces siento que me conocen tan excesivamente bien que tienen una idea preconcebida de mí que en ciertas circunstancias los lleva a pensar o actuar de una forma que no es para nada lo que necesito en ese momento.

Necesitaba otra perspectiva.

Este hombre me hacía sentir distinta y pensar en otras cosas, en ese tipo de cosas que hacía mucho que no pensaba.

–Sí, estoy bien.

–Si prefieres volver a casa...

–No. De verdad. Necesito un respiro y te agradezco que me hagas compañía, pero si tienes que irte...

–No tengo ninguna prisa—respondió.

–Bien.

Sonrió, lo que hizo que mi atención se centrara en esa zona de su anatomía. Su boca. Deliciosa.

–Bien—añadió.

Al principio no hablamos mucho. Nos sentamos en un extremo del pequeño bar con una jarra de cerveza entre las manos y lanzándonos miradas disimuladas por encima de ésta. Era raro porque ambos éramos adultos. Yo ya no me consideraba una chiquilla y sin embargo era así como me sentía en aquel momento.

–¿Cómo llevas el trabajo?

–Creo que estamos avanzando bastante bien. Las contraventanas las llevé al taller y las tengo casi listas y las puertas como has visto están en proceso, creo que a este ritmo a finales de semana la estructura podría estar lista.

–Eso es una gran noticia.

–Sí.

Se quedó pensativo durante un buen rato, miraba por la ventana y a veces sus ojos se trababan con los míos.

–Tenía curiosidad por un artículo en particular de los que me lleve para reparar, es una curiosidad personal no profesional, así que si no quieres no tienes porque...

–Tranquilo. ¿Qué querías saber?

–Me preguntaba por la cajita de música...

Sabía porque ese artículo en particular había captado su atención. Tras hablar con Gregory en los numerosos emails que nos habíamos mandado, el buen ojo que tenía y lo ducho que era a la hora de reconocer un objeto comprado de algo hecho a mano e incluso qué artículo poseía más valor que otro tanto en lo económico como en lo sentimental, había destacado por encima de todo.

Por supuesto que la cajita de música había captado su atención, era inevitable.

–Estaba esperando esta pregunta en tus correos desde hace días –sonreí–. Es uno de los recuerdos más valiosos que hay en la casa y el que más me gusta. El abuelo Joseph la hizo para la abuela María. Verás, en aquella época no tenían mucho.

> La primera vez que oí la historia de la cajita de música me emocioné mucho. Me pareció tan romántico lo sucedido. El abuelo era carpintero y entre sus muchas aficiones el manejo de

diferentes tipos de arcillas y porcelanas ocupaban un lugar preferencial, sin embargo ganaba lo justo para vivir. En aquel momento residía en la ciudad. Nunca le faltaba un plato a la mesa pero su mayor sueño era poder pedir la mano de mi abuela. Sin embargo, no tenía dinero suficiente para buscar un regalo de compromiso adecuado así que pensó en hacerle algo que fuese especial, algo que para ella tuviese un significado especial y gran valor.

> En la guerra ella había viajado a París a terminar sus estudios y estando allí asistió a un concierto del que hablaba con tanta pasión que pensó que si pudiese encerrar aquel instante en una cajita y ofrecérselo se sentiría dichoso y digno de ella, si pudiese...

> Mi abuela se había enamorado de *La Vie en Rose*, la melodía, y él sabía que ese viaje había sido importante para ella. Además se había sentido muy orgulloso de ella fuese capaz de lograr acabar sus estudios en un país extranjero. Por primera vez fuera de su hogar, lejos y con un idioma distinto. Realmente él la admiraba por aquello y sentía que si no era capaz de ofrecerle aquel obsequio no... estaría a su altura.

> Así que empezó a hacer bocetos y a buscar materiales. Todos debían ser de gran calidad. Él mejor que nadie sabía que algo así tendría gran valor para su amada. La conocía lo suficiente para saber que si no quedaba perfecto ella le diría que ese pequeño fallo no era un error sino que era la personalidad de esa pieza, y sabía que ella lo apreciaría aún más por ello. No obstante, él quería que fuese perfecto y tenía un detalle de suma importancia por resolver. No era artesano, no sabía cómo se elaboraba el mecanismo de las

cajas de música. En aquella época no las había como ahora en cualquier tienda, rastrillo o mercadillo. De aquella se consideraba un lujo y los maestros artesanos en crearlas eran precisamente eso, maestros de aquel arte.

> Al principio no supo cómo lograría encontrar a una persona que supiese llevar a cabo la elaboración de esa pieza y que conociese la melodía en particular. Sabía que no podía ser otra. Así que fue a todos los maestros artesanos de la zona y pregunto y pregunto, y desespero una y otra vez. Tardo meses en encontrar a uno solo que conociese esa melodía y que estuviese dispuesto a realizar el proyecto. El problema que se encontró además de la distancia, puesto que éste hombre vivía al sur, era el presupuesto del que disponía. Date cuenta que en aquella época un carpintero podría cobrar unos tres o cuatro dólares mensuales y casi en su totalidad se iba en la comida, así que tenía más bien poco para pagarle. De modo que hizo lo único que podía, ofrecerle a éste un trato. Su obra por una propia.

> Mi abuelo hizo unos trabajos para el artesano y éste le ofreció la pieza clave para su «anillo de pedida», por así decirlo, en este caso la cajita de música.

–Es realmente bella.

–Sí que lo es.

–Estaba seguro que su historia era... pero no imaginé que tu abuelo le hubiese pedido la mano a tu abuela con ella y sin embargo me parece perfecto. Esa cajita es perfecta.

–Sí, pero ahora... - no pude evitar la tristeza que empañó mi voz.

–Quedará como antes, te lo aseguro.

Lo miré asombrada y vi que en su rostro había algo más que confianza. Este hombre realmente entendía aquella historia y lo que significaba ese objeto, y no solo para mi abuela.

–¿Y cómo reaccionó ella cuando la vio?

La abuelita María... podía recordar cómo se emocionaba cada vez que hablaba de la caja de música y cuando la miraba, sobre todo después de que el abuelo...

–Ella lloró. Siempre lo hacía. Aquel viaje, mi abuelo, sus hijos y nietos, todo eso ha sido para ella su vida y se inició con París. Para ella aquella melodía, gracias a la cual el abuelo pidió su mano, hizo posible su vida. Mi abuelo se la ofreció y con ella su corazón...

El silencio entre los dos solo fue roto por una palabra pronunciada en un suave susurro.

–Gracias...

Lo miré sin comprender, yo solo...

–Es por compartir conmigo un recuerdo tan atesorado e importante. Esa clase de amores y vivencias no se olvidan y ahora yo también podré guardarla. Gracias por eso.

No pretendía enamorarme, de verdad que no era lo que había estado buscando. No ahora... Sin embargo, para mí, con la vida que he tenido, la familia en la que he crecido, sí, eran ruidosos y todos hacíamos piña siempre en casa y nos inmiscuíamos unos en la vida de los otros, pero eso era lo importante, el estar ahí para ellos, todos juntos. Y éste hombre... Gregory, era capaz de ver todo eso a través de un objeto o un recuerdo y no solo lo veía, lo apreciaba y acogía en su corazón.

Cómo podía ser tan fácil y a la vez tan complicado encontrar algo que no sabías que buscabas y en el momento más indicado... Y qué iba a hacer con lo que estaba apareciendo en mi interior...

Me llevó a casa después de una larga conversación en terrenos más seguros. En el trayecto no hablamos casi nada y me sentí insegura, no con respecto a él, sino a mis pensamientos y a lo que estaba sintiendo.

Ojalá pudiese hablar con la abuela. Ella había sentido lo mismo que yo, eso lo sabía, pero ahora...

–Ya estamos...

Miré a Gregory que me devolvía la mirada.

Ni yo misma entendía mis reparos. Había coqueteado de manera sutil con él desde el primer momento y ahora me sentía cohibida. Esos preciosos ojos azules podrían cautivar a cualquier mujer y yo había caído en ellos sin darme cuenta.

No lo vi venir. Él tampoco. Solo sabía que en mitad de la noche y dentro su precioso Hummer, su mano encontró un hueco en mi cabello aferrándose a él como si de un salvavidas se tratase. Solo oía su respiración, el bombeo de la sangre en mí. La suavidad de su mano al acariciarme. Sabía cómo sería y sin embargo mi corazón se comprimió colmado de alegría ante el leve roce de sus labios. Sentí la calidez de su boca y su sabor terriblemente masculino. Una vez, dos veces se apoderó de mi labio, aspirando, absorbiendo mi aliento mezclado con el suyo. Aquella dulce ambrosia de magnifico sabor a hombre... Fue breve, pero no importó. Ambos sin respiración y frente con frente nos miramos

anhelantes a través de las pestañas. Creía saber lo que saldría de sus labios.

–Será mejor que... lo dejemos aquí.

Pero desde luego no era aquello. Sabía lo que ambos deseábamos, creo que lo supe desde el primer instante, aunque quizás interpreté mal las señales. Quizás solo era amable... quizás...

–Mañana debo levantarme temprano, así que...

–¿Por qué...?–atiné a preguntar.

Frunció el ceño.

–Tengo que trabajar...

–No. ¿Por qué quieres dejarlo... aquí?

De inmediato sentí el calor de mis mejillas. Fue del todo inapropiado aquel comentario, pero quizás no una mala elección de palabras por mi parte.

–Porque te deseo demasiado... y te siento, no me malinterpretes, mal. Demasiado vulnerable. Y si hago algo más no creo que pueda perdonarme, por maravilloso que sea, porque sentiré que me he aprovechado de ti, de la situación. Lo siento...

–Vale.

Vale. Sí, era cierto que me sentía abrumada e insegura, pero a pesar de saber que no me arrepentiría, también era cierto que no tenía prisa, claudicar a tiempo era de sabios.

–Bien, pero con una condición...–un brillo travieso apareció en sus ojos y una sonrisa que no podría describir de otra manera que no fuese de satisfacción—. Mañana. Te invito a cenar.

–Conforme. ¿Dónde?–accedió.

–Aún no lo he decidido. Te llamaré mañana.

–Bien. Hasta mañana entonces.

–Sí.

Pero antes de que saliese del vehículo me robó un último beso que me hizo sentir mariposas en el estómago. Pude sentir mi cuerpo arder y anhelar y fue... fue como el primer beso, la sensación de emoción, de anticipación y deseo. El corazón me martilleaba en el pecho y deseé más. Mucho más. No importaba, me quedaría el mañana aunque hubiese preferido el hoy...

–Buenas noches, Gregory.

–Buenas noches..., Noelle.

Una vez en la cabaña reorganizando mi mente, pensé en cómo sucedían las cosas. Cuando menos te lo esperas alguien, aunque no llegues a imaginar quien, llega a tu vida y te da la mano o te obsequia alguna cosa o simplemente dice algo y no sabes como ha sucedido, pero todo cambia.

No comprendía cómo me había sucedido a mí, pero acurrucada en mí cama di las gracias al cielo por otorgarme este... esta oportunidad.

A la mañana siguiente, tras recibir una llamada del departamento de policía, me apresuré a salir de casa en dirección a la comisaría. Tenían pruebas que respaldaban la hipótesis de que el incendio había sido provocado y querían hablar conmigo para informarme.

En la comisaría se encontraban representantes de las familias del pueblo. Todas aquellas personas compartíamos un mismo dolor. En cada rostro se apreciaban los signos del cansancio. Aunque no solo nosotros sufríamos, el detective que nos atendió estaba agotado. Su aspecto era el de un hombre que llevaba días sin descanso...

El detective Morrison, encargado de llevar el caso, nos informó de que en el lateral de la casa de la señora Fillmore, una vecina del pueblo que no tenía su casa muy lejos de la nuestra, se habían encontrado restos de un tejido mezclado con alguna clase de producto incendiario y que dicho producto se había localizado en las zonas circundantes al río. El bote poseía una huella parcial que aún estaban intentando cotejar con bases de datos.

Por los rostros que me rodeaban, a la mayoría de aquellas personas no les servía de mucho aquella información, no obstante, a mí sí. Necesitaba saber el por qué. La respuesta no me gustaría de ninguna de las maneras, pero que te arrebaten algo de esta forma... Siempre es mejor saber.

Quise contarles a mis padres las noticias que tenía pero me parecía cruel. Quizás cuando supiese algo más.

Lo que no había notado es que mis pensamientos y la necesidad de hablar con alguien del tema me habían llevado hasta el taller de Gregory. No lo había hecho de manera consciente, pero estaba allí.

Murray se encontraba en el recibidor absorto entre papales y pude ver a Gregory dentro del almacén sobre una mesa de trabajo gracias a la cristalera que separaba éste de la entrada.

–Hola, Murray.

Éste levantó el rostro de los documentos y sonrió al verme. La verdad es que no me había fijado la otra vez pero en verdad que era un hombre atractivo, era masculino aunque sus facciones eran algo más delicadas que las de Gregory y carecía de ese algo que para mí era hipnótico y terriblemente sensual, como ese carpintero y artesano que se encontraba en la parte de atrás por completo abducido en sus cosas.

–Me alegro de verla de nuevo, señorita Clarck.

–Noelle—le corregí amablemente—. He venido a hablar con Gregory, si no está muy ocupado...

–Claro. Pase.

Sonreí en un gesto de agradecimiento y entré en el almacén. Nada más verlo sabía que nunca me cansaría de observarlo trabajar con su pelo alborotado, el lápiz tras la oreja, el ceño fruncido y el cinturón de herramientas. Nunca me había parecido algo tan sensual aquel objeto, lo había visto muchas veces y no obstante era como si lo viese por primera vez.

–Hola...

Volvió la mirada en mi dirección y sonrió.

–Espero no molestarte...

–Claro que no. ¿Necesitabas algo?

A *ti*; fue un pensamiento extraño y a la vez claro y directo. Me sorprendió.

–Pues si tienes un momento quería... bueno solo quería contarte las novedades...

Su ceño se acentuó y su mirada de extrañeza me hizo sentirme como una tonta.

–Ha sido una bobada y tú estás ocupado, yo...

Me di media vuelta con intención de marcharme pero su mano aferró con fuerza la mía.

–¿Por qué dices que es una tontería? Cuéntame. ¿Ha sucedido algo?

–No. Sí. Perdona... no quería interrumpir tu trabajo.

–Espera un minuto. Si has venido es porque querías decirme algo. De verdad que sea lo que sea me interesa, sobre todo si a ti te preocupa...

Sentí como una sonrisilla se extendía por mis labios y Gregory se sonrojo al verla. Soltó mi mano, supuse avergonzado.

–Aún es pronto pero puedo invitarte a una cerveza o café si lo prefieres. Me tomaré el descanso antes, ¿de acuerdo? – añadió.

–Sí.

Quando la vi entrar al almacén me preocupé mucho. Traía una expresión tan... abatida, no sabía por qué había venido a hablar

de aquello conmigo pero algo en mí se alegró de que lo hiciese. Que en un momento de necesidad viniese a buscarme y no hubiese ido a ver a Leonard, por ejemplo.

Oyéndola hablar de lo que la policía había descubierto pude notar lo mucho que le afectaba aquella situación. Había supuesto que debido a su profesión lo sucedido le afectase, por supuesto, pero no de aquella forma. La oí hablar largo rato de su infancia y de cómo había sido para ella criarse en un pueblecito de poco más de cien habitantes y como era el impacto de verlo tras lo ocurrido.

Vi en ella a una mujer fuerte. Sufría pero sabía cómo llevarlo y eso me impresionaba, no solo como persona también por mi trabajo. Había presenciado esto otras veces y no había visto a nadie afrontarlo con tanta entereza como Noelle lo hacía, por eso cuando las lágrimas afloraron en su mirada no quise que las contuviese. Sabía que a veces era necesario sacar todo eso. Luego se encontraría mejor.

El café fue más largo de lo esperado, me sentí culpable aunque a Gregory no pareció importarle.

Sabía que llevaba tiempo sin ir a verla pero lo necesitaba. Ella siempre me había aconsejado bien y sabía que de alguna forma me haría saber lo que debía hacer.

Sabía, sin ninguna duda, donde estaba en aquel precioso patio. Al menos tenía el consuelo de que no estaba sola, el abuelo

también estaba allí.

Me senté en el banco que había a sus pies y ley la inscripción como siempre hacía cuando los visitaba.

*Joseph Hollins 12 de Abril de 1922 –
8 de Febrero de 2001*

*María Hollins 7 de Septiembre de 1926 –
22 de Octubre de 2011*

Vuestra familia os llevará siempre en el corazón.

Aquel pequeño mensaje siempre me hacía derramar una solitaria lágrima. Aún no podía creer que no estuviese sentada a mi lado llevando al abuelito su ramo de rosas.

–Te echo de menos... Perdona por haber tardado en venir. El último mes ha sido duro, en especial las últimas semanas. Ni siquiera sé por dónde empezar... Supongo que sabes todo en realidad...–suspiré–. Abuela no sé lo que siento por Gregory. ¿Fue tan rápido para ti? Me refiero a cuando conociste al abuelo, ¿supiste a las pocas semanas que lo amarías siempre? Echo en falta tus consejos... Tengo la sensación de que este hombre se me ha metido bajo la piel... Esta noche hemos quedado, lo invité a la cabaña... No sé si lo estoy precipitando... Una vez me dijiste que el amor nunca es precipitado, que el amor es amor. Nunca he olvidado esas palabras...

Me di cuenta que la abuelita ya me había respondido.

Siempre lo hacía.

Dejé el ramo de rosas para el abuelo y las margaritas blancas y rojas para la abuela.

Agradecida por su consuelo deposité un beso en el suave mármol y me despedí echando en falta el abrazo de sus manos en torno a mi brazo.

Tenía que volver a tomar las riendas de nuevo, había sufrido una pausa desafortunada e inesperada que había puesto un alto en mi vida y la de mucha gente a la que quería y apreciaba, pero ya era hora de recuperarla.

Era la hora y lo tenía todo listo. Había elegido y preparado los aperitivos y la cena, la música y velas, sin exagerar, no quería ahuyentarlo. Gregory dijo que se encargaría del vino.

Dado que nunca había estado en la cabaña y que ésta se encuentra fuera de los caminos, le había prestado mi GPS en el que tenía memorizada la localización, así no habría ningún problema.

Me sentía nerviosa.

Eran las siete en punto cuando oí llamar a la puerta. No quise pensar mucho más en nada. Ni en mi aspecto, me había inclinado por un look más bien casual. Un vaquero y un suéter de punto azul intenso con el que, gracias a su escote en forma de barco, dejaba a la vista gran parte de piel. Me resultaba discreto pero sensual y me gustaba sentirme así. Pensé en ponerme un buen tacón, algo para estilizarme, pero decidí ser más hogareña y mostrarme como me gusta ser, así que opté por ponerme solo unos calcetines y dejarme llevar de forma natural hacía donde el momento nos guiase.

Ésa era yo y así quería que me conociese.

–Hola, pasa Gregory. Ponte cómodo.

Me sentía abrumada al tenerlo entre esas paredes.

–He traído el vino y algo más...

–¿Qué...?

Dejó la bolsa en la mesilla junto a la puerta y tomó mis manos atrayéndome hacia sí silenciando mis labios con un beso. Tierno. Exigente. Sus manos acariciaban la cara interna de mis muñecas haciendo arder la sangre en mis venas. Sus labios capturaban los míos y sentía que estos eran marcados para siempre, como mi cuerpo despertaba y supe que jamás saborearía aquello si no era con él.

La cena transcurrió tranquila. Llena de miradas discretas y sonrisas por encima de las copas. Me sentía muy niña y al momento siguiente la más sensual de las mujeres.

–Estás preciosa...

Ese susurro y unos ojos de expresión abrasadora me hicieron suspirar de aceptación. Aquello estaba bien. Él encajaba en mi vida y aunque aún no le había dado el lugar que le correspondía, sabía que lo conseguiría por sí mismo.

–Me abrumaste la primera vez que te vi, ¿sabes?–añadió.

–¿De verdad? Pues me pareciste más bien tímido o avergonzado...

–Solo porque te encontré en una situación difícil y me sentí un intruso. Eso debí de parecerme, no tenía derecho a...

–No. No tenías derecho, pero demostraste ser un hombre, a mis ojos, digno de admiración. Otro hubiese sido brusco o quizás se largase o no sé... Sin embargo, tú forma de apartar la mirada dándome el momento que necesitaba, otorgándome un instante de

intimidad... Tus gestos no eran los de un hombre incómodo por ver a una mujer llorar, fueron los de un caballero...

–Si sigues diciéndome esas cosas conseguirás que me ruborice.

–Bien. Así estaremos en paz. Pero por ahora creo que no ejerceré ese poder sobre ti, aunque con una condición...

–Creo que tus condiciones empiezan a gustarme... por ahora.

–No sé si ésta te gustará, pero quizás... –me levanté ofreciéndole la mano– baila conmigo...

Esa noche no me había propuesto ir a más, al menos no de forma premeditada, me dejaría llevar. No obstante quería sentir lo que había debajo de esa preciosa camisa de pana azul y los movimientos de un hombre decían mucho sobre su persona, así que...

Tomada de su mano me acerqué hasta el estéreo y lo conecté dejando que las notas de *What a Wonderful World* de Louise Armstrong llenasen con su melodía el ambiente a nuestro alrededor.

Estrechada entre sus brazos sentí que por primera vez el aire que entraba en mí era puro y limpio. Su fragancia me envolvía y me hacía desear no dejar de respirar nunca porque no quería perder esa sensación, ese aroma a limpio y a madera aderezado con algo más picante que me hizo aferrarme a él, a su cabello y desear que ese momento no se acabase.

Sentir a Noelle de esa forma... No podía pensar, ni quería... Sus curvas bajo las palmas de mis manos eran lo único que quería moldear a partir de ese momento y para siempre. Su fragancia era única y me hipnotizaba como nada lo había hecho antes. Una mezcla de rosas y talco, de lilas y frescor inundaban mis sentidos y me sentí perdido y a la vez en casa. Sabía que esa mujer podría hacer conmigo lo que quisiese, podría pedirme cualquier cosa...

Con ella en el círculo de mis brazos supe que ya nunca podría dejarla marchar...

La velada fue perfecta. Abrazarla. Besarla.

Mis hormonas no marcaron el ritmo, mi corazón sí.

A la mañana siguiente en el taller me sentía en una nube y avergonzado por ello. Nunca había sentido nada tan fuerte, precipitado. Esa mujer se había metido en mi corazón como nadie, pero la quería allí.

Oí la campanilla de la entrada y me acerque a atender.

Un hombre de mediana edad y bastante corpulento ocupaba el umbral de la puerta pero no lo suficiente como para no darme cuenta del furgón policial que había aparcado fuera.

–Buenos días soy el detective Morrison y buscaba al señor Peterson.

¿A Murray?

–¿Sucede algo detective...?

–¿Está aquí?

–Sí... En la parte de atrás... –dije señalando hacia la puerta del almacén.

–¿Hay salida trasera?

–Yo... Sí. Una.

–Bien.

Hizo un gesto hacia el furgón y atravesó la puerta que daba al taller sin más explicaciones.

Preocupado y temiéndome lo peor, le seguí.

Se acercó con pasos seguros hasta mi compañero.

–Señor Peterson.

Éste se giró y nada más ver al policía se puso blanco y el alma se me calló a los pies.

–Sí—susurró.

–Queda detenido por el incendio provocado en el poblado de Ronald y la sierra norte. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que...

Me quedé paralizado. Aquello no podía ser verdad.

Cuando el detective pasó a mi lado agarré a Murray movido por el dolor y la rabia.

–¿Por qué? Solo contéstame a eso...

Mi amigo. En sus ojos no había arrepentimiento, quizás dolor.

–Por culpa de los Fillmore mis padres están muertos. Mi hermana está muerta...

–¿Cómo...?

–Averigüe que fueron ellos, el «accidente» fue culpa suya. Aquella maldita colilla era suya...

–Murray... la policía...

–¡No! Ellos no han hecho nada por ayudarme, siguieron libres y mira como me tratan a mí. ¿Crees que a alguien le importará

el por qué provoqué el incendio, o solo les importará que yo quemase el pueblo...?

Un jadeo a mis espaldas captó mi atención y la de los demás.

Noelle estaba en la puerta con lágrimas en los ojos. La mirada que clavaba en mi amigo me dolió. Pero cuando sus ojos se trabaron con los míos y sentí su rechazo... Fue como un agujonazo.

–Noelle... yo...

No tuve coraje y cuando me dispuse o más bien saque valor para defender, si es que se podía, a mi amigo, ella se había ido.

Después de aquello no tuve valor para llamarla en días. Murray era mi amigo y compañero y tenía la necesidad de buscar una defensa para él antes de enfrentar un encuentro con Noelle, pero sabía que no había justificación posible.

Tenía que darle, a Noelle, tiempo y dármelo yo.

Al cabo de unas semanas la casa estaba terminada. Todo estaba en su lugar y sabía que tenía que devolverle las llaves. No obstante no veía la forma de enfrentarme a ella hasta que no hubiese concretado un detalle más.

De modo que gracias a Leonard averigüé donde se alojaban los padres de Noelle y me presente en el pequeño apartamento.

–Hola, ¿quería algo?

Una señora entrada en la madurez y de rostro con facciones suaves y amables me abrió la puerta con gesto tierno.

Tenía los ojos de Noelle y estaba convencido de que su pelo, hace no muchos años, había sido como el de su hija.

–Señora Clarck, soy Gregory Anderson.

–Sí, claro. Pasa muchacho. ¿Quieres tomar un té o alguna cosa?

La dulzura de aquella mujer, no solo en sus palabras sino en sus gestos, me hizo desear que aquella no fuese la última vez que la viese, porque sabía que algún día Noelle sería como ella y no quería perdérmelo.

–Se lo agradezco, pero debo regresar al taller. Solo venía a entregarle las llaves de su casa. Todo ha quedado listo.

La extrañeza en su mirada me hizo saber que no me esperaba. Estaba seguro de que ella pensó que todo el trámite lo haría con su hija. Cosa lógica.

–¿No has podido localizar a Noelle?

–No. No es eso. Simplemente pensé que sería mejor que le dejase las llaves a usted.

La sonrisa de su rostro y su mirada me hizo saber que comprendía demasiado bien lo que yo no estaba diciendo y eso me hizo sentir algo incómodo.

–Bueno, tengo que irme. Tome.

Le ofrecí las llaves y me marché.

Sabía que tardarían unos días en ocupar de nuevo la casa y quizás Noelle no volviese. Quizás se quedase en la cabaña. Pero eso no importaba, llegado el momento la buscaría y le haría saber lo que sentía por ella.

Llevaba semanas sin saber nada de Gregory. Me había ido tan enfadada con él, sin que tuviese la culpa, que quizás había echado por tierra lo que podíamos haber tenido.

Me avergonzaba mi comportamiento de aquel día, y por ese motivo no había ido a verlo. Sabía que le debía una disculpa. Que Murray fuese su amigo no implicaba nada. Le había herido, al menos en su orgullo, de eso estaba segura.

Paseaba por la casa, por mi hogar, y vi lo mucho que se había esforzado, lo mucho que había trabajado. Cada pieza estaba tal y como la recordaba, y estaba segura de que lo había hecho por mí. Lo sentía. Y ahora lo había estropeado todo...

El retrato de la abuela me devolvía la mirada, allí, en la mesita del comedor donde siempre había estado y donde ahora podría seguir estando gracias a Gregory. Y esa mirada me dio el valor que me faltaba. Sabía lo que tenía que hacer.

Me encamine hacía la puerta y nada más abrir me topé con él.

Ambos nos mirábamos y el reconocimiento fue mutuo. Lo supe en ese momento como lo sabré siempre.

–Iba a buscarte–dije.

–Yo venía a verte. Tenía que darte una cosa... No es que lo olvidase, es que...

–¿Qué cosa?

Me tendió un paquete envuelto en papel de seda blanco y un discreto pero precioso lazo rosa.

–¿Para mí...?

–Le faltaba un detalle... que considero importante...

No podría decir cuál era el secreto que ocultaban aquellos ojos, aquella mirada azul hacía despegar todo mi mundo.

Deshice el lazo y aparte con cuidado el papel para, en el interior, descubrir la cajita de música del abuelo tal y como era.

–Está perfecta. Gracias.

–Ábrela.

Lo hice...

Y la melodía que surgió me conmovió tanto como la primera vez que oí la historia de los abuelos.

Ahora aquella cajita no tenía una sola manivela, tenía dos. Junto a la de los abuelos estaban sus iniciales como siempre habían estado, y junto a la otra la de Gregory y mía. Cuando la melodía de mis abuelos se silenció le di cuerda a la otra manivela y la que sería nuestra, *What a Wonderful World*, llenó el momento.

Sentí que las lágrimas recorrían mi rostro por la emoción. Aquello era lo más bonito que habían hecho por mí.

–Si no te gusta puedo volver a dejarla como estaba... la pieza solo va encajada y el grabado se puede disimular y la manivela solo sobresale aprovechando el hueco de uno de los pétalos y...

Hablaba tan deprisa que la aprensión en su voz era evidente.

–Está preciosa...

Un sentido suspiro escapa de sus labios antes de hablar.

–Pude ver cuánto amor y admiración había en tus palabras al contar aquella historia y pensé que tú también merecías tu propia

historia de amor. Sé que es precipitado y que estabas enfadada...

–Aquello no tenía nada que ver contigo. Salía a buscarte, tenía que pedirte perdón...

–No, no tenías... Entiendo lo que debiste sentir y lo lamento. Pero hay una pregunta que necesito que contestes...

Le miré. Estaba allí, frente a mí como siempre soñé que estaría el hombre que me estaba destinado.

–¿Te casas conmigo?

La alegría, la sonrisa afloró en mi corazón y subió hasta mis labios.

–Sí.

Fue tan fácil, tan perfecto.

Sumergida en mi mundo de felicidad no note que mis padres estaban aparcando justo a la espalda de Gregory hasta que oí la puerta del coche al cerrarse.

–Hola –saludo mi madre.

Al acercarse a nosotros su mirada se posó en la cajita que yo aún sostenía abierta entre las manos y en sus ojos y sus labios pude leer la alegría y la aceptación.

–Me alegro de volver a verlo Gregory. ¿Quiere pasar a tomar un té?

–Será un placer.

Y así fue como allí, en mitad del porche donde años antes mi abuelo le pidió a mi abuela en matrimonio y con la preciosa cajita entre mis manos, yo también di el sí.

Epílogo

Este verano me ha enseñado a esperar lo inesperado, a ser capaz de superar momentos, sucesos que machacan el alma y vidas a su paso. Pero para mí, esas horas en las que lo creí todo perdido, días de lágrimas incontenidas, de esfuerzos que superaban las posibilidades del cuerpo, de la mente... esos minutos infinitos me llevaron hasta él. Gregory.

Taza de té en mano me vuelvo hacia el sofá, en el que tantas horas libres hemos pasado juntos en estas últimas semanas, y verle ahí, dormido plácidamente tras un día largo de trabajo en el que ambos arrastramos una gran carga, pues nuestros oficios se cruzan más veces de las que pude imaginar, me hace dar gracias. Gracias porque apareciese en mi vida en el momento preciso para recomponer, no solo los pedazos rotos de una casa... de vidas y generaciones de familias, no, no solo por eso. Pero sí por sostener mi corazón como nunca creí que nadie lo haría.

Pasan los días y no puedo evitar el sonrojarme al recordar aquel instante e implorar, a los que me protegen, aunque no les vea, que cuando despierte cada mañana, aquello, no fuese un sueño.

–¿En qué piensas?

Sus ojos me interrogan a la vez que sus labios.

–Estamos locos.

Una increíble sonrisa se refleja en su rostro y hace aletear a mi corazón.

– Sí. Pero agradezco estarlo y sentirme bendecido por tu presencia a mi lado, cada día.

Sí. Bendita locura.